

**Un pensador original:
Luis Feduchi Benlliure (Madrid,1932- Barcelona, 2021)**

Tan discreto como quiso ser en vida, sin hacer ruido y sin querer incomodar a nadie, Luis Feduchi se nos ha ido.

Disfrutaba del diálogo. Su conversación era improvisada pero profunda, seria pero divertida, respetuosa pero cáustica, contenida pero generosa. Le gustaba y lo disfrutaba tanto, en su casa, en la calle, en su trabajo, que era lógico que no le gustara escribir. Creo que transcribir sus ideas ante un papel en blanco era para él algo demasiado trabajoso, silencioso y solitario, alejado del calor humano en el que se sentía tan a gusto. Se consideraba incapaz de escribir.

Él decía que era una fobia que le atenazó desde la edad escolar y que compensó disfrutando de una enorme memoria verbal. Era capaz, para admiración y cachondeo de quienes tuvimos el lujo de oírlo, de recitar de carretilla poemas clásicos y lecciones de geografía aprendidos en la escuela. Desde aquello de *“esperando la mano de nieve que sabe arrancarlas”* hasta *“garrapiñadas en Briviesca y paños en Béjar”* - ciertamente soy injusto recordando aquí tan poca cosa- sus retahílas de escolar sabio y gozoso provocaban un jolgorio inolvidable. Tenía además el don de imitar tonos y gestos de profesores que recordaba o de los muchos literatos de renombre que tuvo como amigos.

Tengo la impresión de que tenía tal necesidad de medir las palabras, de decir solamente lo justo, economizando lo que juzgaba superfluo, pecado para él imperdonable, que nos hemos quedado sin conocer lo que hubiera sido una excelente obra escrita, la suya. No lo lamento, porque tuvimos la suerte de que nos enseñara mucho y siempre de viva voz. Aún así, guardo la esperanza de que su descomunal conocimiento de la poesía en castellano, que tanto disfrutó, se acompañara de algunos poemas secretos que sin duda, si existen, Leticia, siempre al quite, guardará como un bien muypreciado.

Practicó la tolerancia, con los demás - adolescentes sobre todo- y fue intransigente con la relajación moral y con la banalización de la responsabilidad profesional. Su rechazo radical al sometimiento acomodado, su hipersensibilidad a cualquier imposición abusiva, marcaron su vida y le llevaron a renunciar a posiciones institucionales y sociales que tuvo a mano. Prefirió oír, en su vida profesional, en su consultorio y en la vida, cualquier voz justamente sublevada.

Tuve el privilegio de enviarle varios textos antes de publicarlos y pude comprobar que no solo los leía minuciosamente sino que, pasado un tiempo ajustado a su esfuerzo y su paciencia, siempre me llamaba para en largas conversaciones telefónicas darme su opinión, discreta pero clara, crítica pero respetuosa y, ante todo, sincera. Nunca he tenido, ni imaginado, mejores lectores. Pluralizo porque era una virtud, entre otras, que compartía con Leticia. Tuvieron, los dos, la suerte de tenerse. Desde que se conocieron. Es de lo poco que he podido decirle a ella en estos días de tristeza por su pérdida.

Creo que la amistad exige correspondencia y acordándome más de su tolerancia que de imitar su gran exigencia consigo mismo, me voy a permitir recordar - y escribir- algunas de sus ideas. Por suerte, he conservado las notas que guardé después de un taller que dedicamos en el congreso de SEPYPNA, en Pamplona, a dialogar con él sobre sus ideas y su práctica. Siempre estuvo presente y activo entre nosotros, pese a que pocas veces, menos de las que se lo pedimos y lo deseamos, subió a la tribuna. Quienes ya le están echando de menos y quieran recordarle, o quienes no le hayan conocido en persona, pueden escucharle en intervenciones video filmadas (acceso directo a través de la nota *In Memoriam* publicada en la página web de ALTXA).

Para Luis la adolescencia reunía todo el drama y la creatividad de cualquier existencia humana y su problemática ayudaba a entender cualquier otro tipo de situación conflictiva. La definía como un periodo de exacerbación vital, de coexistencia acelerada y confusa de aspectos infantiles y adultos, “de lo nuevo y lo antiguo”. Conocedor de la historia del arte y de los apuros que acompañan cualquier acto creativo, entendía que el adolescente quería construir una vida nueva *“sin desprenderse de todo (lo anterior) ni poder adquirirlo todo (lo nuevo)”*

Con la sencillez de quien conoce un problema y no quiere explayarse presumiendo de ello, nos transmitió que el adolescente, para llegar a ser adulto, tiene que pasar obligatoriamente por **tres tareas esenciales** (y, como él decía, el adulto responsable de su educación, debe *tolerar* confusiones y errores inevitables, pero no debe *transigir* en permitirle evitar las responsabilidades propias que conlleva su adolescencia):

- Necesidad de construir su propia intimidad. Tarea que exige mantener a sus padres al margen. Lo sintetizaba cuando hablaba de su inquietud cuando los padres de adolescentes le decían *“a nosotros nos lo cuenta todo”*.

- Importancia de encontrar, elegir y mantenerse en un grupo de amigos: de ser acogido y aceptado; del deseo de compartir descubrimientos, penas y alegrías.

- Puesta a prueba y verificación de sus capacidades y limitaciones: de atreverse a ejercer su curiosidad, de cuestionar límites e imposiciones; de su fuerza para provocar conflictos y para explorar situaciones de riesgo... y para reconocer insuficiencias y derrotas.

Estos tres caminos a recorrer se acompañan de **tres problemas evolutivos**:

- El sometimiento y la regresión a una etapa infantil anterior: paralización frente a asumir su propia iniciativa; refugio en la sobreprotección familiar; renuncia a ideales, ilusiones y riesgos de la adolescencia y obediencia, ambivalente, a ideales parentales.
- Insatisfacción permanente y reacciones de auto y hetero-agresividad (hacia su propio cuerpo y hacia el entorno familiar, ambos “culpables” de su malestar).
- Huida en busca de una realidad paralela (grupos marginales, tóxicos compartidos, ficticias fidelidades sectarias)

En estos recorridos, como en otras circunstancias vitales, aparecen ciertos **síntomas -ansiedades-** exacerbados por el empuje hormonal y exagerados con una exuberancia que tan bien comprendía y yo diría que hasta admiraba.

Ansiedades que provienen *de duelos y pérdidas* y la correspondiente tendencia a protegerse con retrocesos regresivos hacia el narcisismo infantil que niega y evita las pérdidas (exigencia de cuidados). Ansiedades *frente a lo nuevo* con aceleración y paso al acto, ignorando riesgos y provocando accidentes; dificultad de esperar y precipitación en trasgresiones; violencia frente a las imposiciones parentales que tratan de imponer frenos. Ansiedades *claustrofóbicas* ligadas al deseo de quedarse atrapado y protegido en la infancia, pero que ahora choca con la necesidad de poner distancia por temor a una proximidad corporal cargada de una nueva y temida excitación. Ansiedades *agorafóbicas*, proyección del temor de quedar desprotegido ante las amenazas y novedades exteriores que solo el deseo de nuevas experiencias empuja y ayuda a superar.

Nos subrayaba Luis, la importancia de evaluar la **estructura psicopatológica** y, en particular, el riesgo de un error clínico frecuente: el diagnóstico equívoco por la presencia de defensas muy primitivas que pueden llevar, por ejemplo, a diagnósticos precipitados de “primer episodio psicótico” o de “personalidad psicopática”. Diagnósticos que pueden conducir a una hospitalización psiquiátrica evitable y iatrogénica o a una intervención y sanción judicial que sobrecarga al adolescente con una problemática punitiva y con un rechazo social añadido.

Destacaba que el destino de la crisis adolescente está muy vinculado a la **importancia del entorno familiar** que tiene que seguir atendiendo al niño que crece, pero que aún no es autónomo y puede provocar con sus exigencias el rechazo y abandono (la intolerancia parental) o, todo lo contrario, favorecer la sobreprotección (que transige y facilita mimos y concesiones absurdas). Las reacciones parentales, de manera involuntaria pero inevitable, inconscientes pero con repercusión en sus comportamientos, conducen a respuestas contradictorias. A la vez se critican y se exigen al adolescente tanto elecciones y responsabilidades adultas (“tienes que salir de casa / te prohibimos que salgas sin saber adonde piensas ir”) como las demandas y conductas infantiles (“quédate sin salir / no pensarás quedarte tumbado todo el día”).

Nos recordaba, recurriendo a su sensible escucha de las palabras de los adolescentes, que el mensaje que enviaban al adulto era: *“ahora necesito que me ayudes; ahora que me dejes... ahora que me protejas; ahora libertad”*. Y recalaba que era responsabilidad de quien educa no ceder -otra vez no transigir- a la facilidad de permitir una absoluta falta de límites que, para el adolescente, es la confirmación del desinterés y el abandono por parte de los adultos.

Como los padres, los profesores, que deben relevarles como figura de autoridad pueden, a veces, evitar ejercer el papel de autoridad sustitutiva. Reproduzco las palabras que utilizaba en sus encuentros con padres y educadores: *“darte de comer y mandarte a la escuela no es una imposición, es mi responsabilidad de atender a una necesidad tuya”*. O las que nos transmitía contundentemente a los terapeutas: *“los adolescentes pueden ser muy bravos y provocadores, pero cuando un juez te obliga a ir a tratamiento...a lo mejor les está y nos esta haciendo un favor”*.

Fue pionero en la formación y sensibilización de los profesionales del departamento de justicia que, en Barcelona, se acercaron a la cuestión de ayudar psicológicamente a adolescentes que había delinquido, algunos con delitos graves. En el primer capítulo del libro que sus colaboradores dedicaron al tema, (“Adolescencia y transgresión”) una amplia y lúcida entrevista, el método que él prefería, sacó a la luz su sensibilidad y su olfato terapéutico para detectar los problemas que afectaban a adolescentes y profesionales enganchados en tan ardua tarea.

Los adultos que le conocieron siendo adolescentes -pacientes, familiares o amigos- recuerdan su sincera curiosidad por su mundo interior, por su intimidad y la natural conversación que, sin decirlo, les proponía. Suelen resaltar que su interés era tan respetuoso que, no solo no molestaba, sino que se agradecía. Le gustaba saber -y sabía preguntarlo “sin ofender a nadie”- sobre novedades corporales, intelectuales o afectivas. Indagaba también sobre las experiencias que el adolescente vivía en su mundo real, su grupo, sus amigos, su erotismo y sus amores, sus aficiones, creencias y opiniones. Se sorprendía, sin aspavientos ni imposturas, de como ponían a prueba sus capacidades en el deporte, en las discotecas, en las redes. Por supuesto, buscaba también si, aunque fuera por milagro, habían leído algo sobre algo y trataba de tirar de cualquier hilo para estimular cualquier esbozo de creatividad. Tenía una gran habilidad para detectar cuales podían ser los focos sobre los que compartir una atención mutua. Creo que siempre transmitió, aunque nunca le oí decirlo, que hubiera querido seguir siendo un adolescente que se abre al mundo.

Podrá parecer que este relato es pura hagiografía y ditirambo, pero el hecho es que muchos profesionales deducíamos, sin que él lo propusiera como modelo, cómo puede conseguirse que una entrevista clínica suponga una ayuda tranquilizadora y reconfortante.

Su guión era sencillo. La tarea terapéutica es una relación asimétrica. Un proceso en el que la comprensión y el respeto de uno llevan a la confianza mutua y a la esperanza de una ayuda posible en el otro. Su afición al lenguaje breve y preciso, contundente y cargado de afecto -como el de los poetas- le llevó a una fórmula que en algún momento nos transmitió: *“Con los adolescentes: tiempo, pocos fármacos y mucha tolerancia”*.

Habitado a hacer de los conflictos generacionales, de ahora y de siempre, su quehacer profesional cotidiano, eligió otros territorios más abiertos para opinar sobre la sociedad actual que, como a un adolescente le cabreaba y le apasionaba. Su discreción y su modestia le llevaron a auto-limitarse en la expresión pública de sus apasionadas convicciones y sus creativas posiciones personales.

Sus íntimos, tienen esa suerte, las guardarán para el recuerdo. Ni para ellos, ni para quienes pudimos conocerle, como profesional y como amigo, no nos será posible olvidarle. Por todo lo que nos dio y nos dejó, le echaremos mucho de menos.

Alberto Lasa, 6 de diciembre de 2021.